

ANDALUCIA MITICA (I) / SIERRA DE SAN CRISTOBAL



REPORTAJE GRAFICO: J. F. FERRER

Las catedrales sumergidas

Entre Doña Blanca y la Sierra de San Cristóbal toda la Historia se ha hecho una duna. El poblado parece un chamizo abandonado por la electricidad y los ayuntamientos

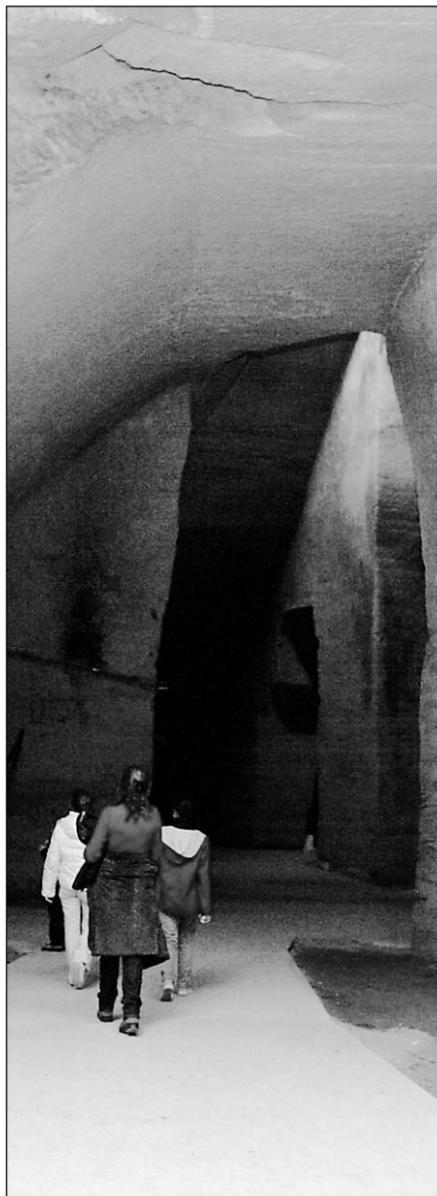
LUIS MIGUEL FUENTES
POBLADO DE SAN CRISTOBAL.— Los tartessos y los fenicios dejaron muertos en cucullas, metales que se enganchaban luego en los arados, y de vivir sobre el polvo de sus armas y las de otras civilizaciones de antes y después, fue quedando una montaña de huesos, unas murallas con cada metro en un milenio, casas aplastadas amigablemente por otras casas, un tiempo sobre otro tiempo igual que cacerolas, como si toda la Historia se mostrara en una sola vieja dentadura enterrada.

Bajo el Castillo de Doña Blanca, no más que un torreón medieval, la Historia se ha ido sucediendo a sí misma, dando ruinas superpuestas y civilizaciones sobre las hogueras de las anteriores desde la Edad de Bronce. Ante el Castillo de Doña Blanca, las marismas y llanuras hacia la bahía, que antes fueron mar, cuando Cádiz era una isla, cuando dicen que Cádiz era Gadir y ese promontorio era el punto más cercano en la costa, era su espejo seco, su contacto con la tierra, el comienzo de todas sus caravanas.

A la espalda del torreón, la Sierra de San Cristóbal, sierra mínima, sierra que es un cerro entre Jerez y El Puerto de Santa María, pero de cuyas canteras salieron las ciudades quemadas que ahora estudian los arqueólogos apenas unos metros más abajo, las canteras de las que también se extraían enteras las catedrales, dejando por dentro su molde, su arquitectura inversa y su cristianismo hacia lo hondo, como para que siguiera viviendo allí algún Dios subterráneo y ciego, gigante y mojado. Entre Doña Blanca y la Sierra de San Cristóbal, toda la Historia se ha hecho una duna.

En el cerro vaciado por dentro, frente a la mítica Gadir, ahora, las chumberas y las confiterías. Sobre un tiempo de bronce, de navegantes muertos, de vasijas y criptas, sobre la montaña de la que están hechas las catedrales de Sevilla y de Jerez o el Hospital de las Cinco Llagas, están las casas con una herradura en la puerta, los caballos atados, los galgos sueltos, las ovejas con calor, poblado de la gente de las canteras y el campo, donde las familias vivían dentro de la misma piedra que los dioses, las cuevas artificiales que dejaba la piedra caliza arrancada con pico, llevada por carretas hasta Sanlúcar, antes de remontar el Guadalquivir.

Manuel Romero, que tiene 84 años, jugaba por los alrededores del Castillo de Doña Blanca mucho antes de que se empezara a excavar el yacimiento, considerado el asentamiento fenicio más importante del Mediterráneo Occidental y que ahora cuidan unos arqueólogos como albañiles muy cultos. Entonces, sólo la azada sacaba de vez en cuando una moneda enigmática, cuadrada, de un tiempo y de un valor indescifrable



«A veces, se pisa o se sobrevuela la Historia más grandiosa sin saberlo o sin que importe»

bles o arbitrarios, y se confundían los huesos milenarios con vértebras de ganado.

A Manuel Romero le llegaron incluso a ofrecer una vez el castillo en venta, por 50.000 pesetas, con lo que ahora podría ser como un duque acompañado de una jauría de pollos y espíritus de fenicios, reinando sobre ánforas y catedrales sumergidas. A veces, se pisa o se sobrevuela la Historia más

grandiosa sin saberlo o sin que importe.

Aun con toda su carga histórica, el poblado de la Sierra de San Cristóbal, donde viven unos 800 habitantes, sigue pareciendo un chamizo abandonado por la electricidad y los ayuntamientos.

Manuel enseña la cuevas, historia convertida en trastero. También él vivió en una, como lo hizo un día toda la gente de allí. «Viví en una cueva hasta que me fui a la mili. Luego ya hicimos una casita. Es que la gente que trabajaba en la cantera, lo primero que hacía era una habitación o dos para ellos. Allí se estaba bien, una temperatura muy igual, que en invierno y en verano teníamos la misma ropa de cama. Decían que no era saludable, que era enfermizo, pero yo aquí no he conocido enfermedad nunca, ni cuando la tuberculosis».

Parada la actividad de la cantera en los años 70, las cuevas son ahora una fresquera para la familia, o un establo con el techo altísimo y comunicado con la magia donde las vacas parecen reposar como hipogrifos frente a un altar. Hay una en la que hacen una zambombada común en Navidad, y que ese día es como un Nacimiento que esperara un mamut. Manuel entra en las cuevas, territorio muy amigo en el que parece respirar diferente o mejor, con una habilidad de buzo.

Las pequeñas con aperos, sacos, pavos, nidos de golondrinas, gallinas que saltan desde lo hondo, y las mayores como un auditorio sepultado por un cataclismo, oliendo todas a caracola y a bautismo y a aparecidos. «Hasta el 86 ha habido aquí gente viviendo en cuevas», explica Manuel. La última, una anciana a la que llamaban la abuelecita. «Murió en la cueva, asfixiada, porque le salió ardiendo un brasero».

Las cuevas más grandes, con kilómetros de galerías y techos de 10 metros de altura, son zona militar y fueron usadas como polvorín desde finales de la Guerra Civil. Allí se llegó a guardar material bélico italo-alemán que no llegó a ser utilizado durante la Segunda Guerra Mundial. En la piedra de sus paredes se ven firmas con cruces y signos de todos los siglos, como si hubieran estado trabajado allí canteros del antiguo Egipto junto a canteros húsares, y todos estuvieran picando pensando quizá que aquello sería la propia tumba.

«De las cuevas han sacado de todo, hasta una caja de caudales entera, y una vez encontraron un bocado de caballo que era de oro», relata Manuel. Es que de las cuevas podía salir un tesoro o un misterio que daba directamente la tierra viva, incluso un fantasma que se inventaron unos vecinos, unas telas y unos palos que pusieron en lo hondo para que los otros paisanos no entraran a quitarles el agua que manaba dentro.

Mañana: 'Isla Mayor. El húmedo fin del mundo'.

Patrimonio como basurero

Cuando cae la tarde, en San Cristóbal los chiquillos parecen pastorcitos y toda la historia y la montaña un juguete suyo, una peonza gigantesca girada por el sol. «Mira lo que hay aquí, y esto no aparecía antes ni en los mapas, nadie sabía que existíamos».

Juan Jiménez es un marino extremeño que acabó recalando en el poblado de San Cristóbal y enamorándose de él. Ahora es presidente de la asociación de vecinos, cargo que allí, donde no hay apenas nada, incluye hacer un poco de alcalde, un poco de policía y un poco de cartero. Juan muestra las fotos de un Alfonso XIII serio, delgado, lateral, como si lo hubieran sacado de su propia moneda, una vez que estuvo allí visitando las canteras como Las Hurdes, y hubo una gran comida en la mayor de las cuevas, lo más parecido a un salón de palacio que tenían. También parecen de Las Hurdes las fotos antiguas de los canteros que enseña Juan, fotos con una familia como de tejones, con perol y con cabras a la entrada de las cuevas.

«Uno no alcanza a entender cómo unas cuevas con tanto interés, están totalmente abandonadas, están sirviendo de basurero», se queja Juan. San Cristóbal ha sido una tierra de nadie, disputada desde hace siglos sin demasiado interés por Jerez y El Puerto, pugna que de momento ha ganado El Puerto en los tribunales autonómicos, aunque el Ayuntamiento jerezano ha recurrido al Tribunal Supremo. «Pero la Sierra de San Cristóbal, con todo lo que conlleva, con su cultura, con los yacimientos arqueológicos, sigue abandonada por los ayuntamientos».

Juan tiene recortes de 1991 con Pedro Pacheco negándose a suministrar servicios a los vecinos alegando que «la vida en el campo es así». «Hasta 2001 hemos estado sin recogida de basuras, y hasta el año pasado no hemos tenido el agua con contadores», apunta Juan. Todavía hoy siguen sin pasar autobuses, no hay nada parecido a un centro de salud, no existe alumbrado público y la electricidad la siguen «enganchando» la mitad de los vecinos como bandoleros. «No se explica esta dejadez con el patrimonio, con las maravillas que hay aquí. Y no sólo es que estemos en unas condiciones casi infrahumanas, es que nos quieren quitar nuestra identidad, nuestra cultura. Pero nuestros orígenes son nuestros, existe una cultura de la cantera y tenemos derecho a ello, por eso no nos vamos de aquí», se queja.

Cuando se hace de noche, en San Cristóbal, lugar del que el historiador Diego Ruíz Matas ha llegado a afirmar que fue la verdadera Gadir y no la isla de Cádiz, hay un silencio de bestias, de pureza, de la Historia guardando sus tendedores y sonando a cántaro. El mítico Gadir se acuesta con sus pollos y su abandono, en una paz de cobertizo, y aparecen arriba las estrellas que han espantado, lejos, las ciudades.